



Momento crítico

Mudar de piel

Marcos Giralt Torrente. Anagrama



Hay en este puñado de historias familiares un hilo invisible que las cose: la ausencia. La ausencia, por definición, es lo que no está, el hueco que deja algo, el vacío. El reto de Giralt es dar corporeidad a lo que falta o a lo que no está. Y lo hace a través de las reacciones de los distintos personajes, muchos de ellos hijos de padres que se han ido por diversas razones y que rellenan ese hueco siempre con melancolía, a menudo con rencor.

El tema de la ausencia del padre (o de la madre) es un asunto que ha interesado de manera muy vivida al autor en trabajos anteriores y en este libro se observa desde distintas historias que parecen ecos del mismo caso, porque entre aquellos que han sufrido la ausencia del progenitor se establece una especie de hermandad de la pérdida. Hay dos hermanos que se quedaron sin madre y, como su padre ejerce con una mezcla de intermitencia y remordimientos, juegan irónicamente a catalogar a sus parejas, que tampoco le duran demasiado, y muestran una madurez y aplomo muy superiores al de un progenitor que con la excusa de sus clases en la capital huye de ellos. Hay madres que se alejan por su profesión, como es el caso de una mujer del mundo del teatro que sin darse cuenta hace que su hijo se hunda en una soledad que genera vulnerabilidad y frustración. Como se dice en el libro, “el mal siempre acaba por salir”. Vemos a hijos diversos que tienen en esa falta de cercanía del padre o la madre una nada que sin embargo pesa. Y, en alguna historia, también se nos muestra otra variante de la pérdida afectiva, que es la de la férrea amistad

de infancia que al paso de los años tratas de agarrarla de nuevo y se deshace entre los dedos.

Las historias que se nos relatan tienen algo de fagonazo. A veces no sabemos cuándo ni por qué se ha producido la marcha del padre o la madre, en algunos casos por fallecimiento y en otros por ruptura. Hay algo deslavazado en estas historias que tienen el tono deshilachado de las historias verdaderas que conocemos a lo largo de la vida, que vemos pasar un momento por delante nuestro como esos trenes que pasan por el andén sin detenerse y se hacen nítidos un instante para desaparecer al momento, sin que sepamos ni de dónde venían ni a dónde van. Giralt nos da los datos justos para situarnos en el relato y establecer una mínima empatía con los personajes, tampoco demasiada. A menudo no sabemos quién es “el bueno” de la historia porque no hay culpables, aunque sí víctimas. Todos los personajes son víctimas de una u otra manera porque la imperfección de la vida, las expectativas no cumplidas, el roce de los lazos familiares o los naufragios conyugales sumen a todos en una zozobra permanente. No es, sin embargo, un libro desesperanzado en absoluto. Tampoco esperanzado. En algunos artículos, Giralt se ha declarado en contra de lo que denomina “literatura terapéutica” y cumple en este libro con ese propósito: no hay recetas que alivien el dolor, ni siquiera tiritas, tan solo la observación de lo que sucede con un su estilo elegante y sin subrayados. Una prosa ligera para hablar de asuntos que pueden llegar a pesar como losas y que hundan las vidas.

Nos muestra cómo la literatura es un ejercicio de entomología: no se trata de buscar monstruos extravagantes sino de poner la lupa en una vida cualquiera y, al verla en todos sus detalles, percatarse de que el más ordinario de los ácaros visto de cerca puede resultar sobrecogedor. Y es que, cuando uno de los chicos de una de las historias habla de familias normales, su hermana, que es muy aguda, lo ataja rápidamente: “Ninguna lo es”.



ANTONIO ITURBE